

# GUSTAVO ROBREÑO,

## o del VIEJO al NUEVO

### “PAYRET”

Por ÁNGEL LÁZARO

¿Ha visto usted el nuevo teatro *Payret*, don Gustavo? —preguntamos a Gustavo Robreño, famoso actor y autor cubano, hoy retirado en su hogar.

—Lo vi un poco por fuera, el otro día, en que salí a ver en el *Nacional* el estreno de *La Revoltosa* en película... ¡Imagine! Yo vi estrenar esa obra en Madrid... Ya salgo muy poco de casa. ¡Tengo setenta y siete años cumplidos!... Bueno, Federico Villoch, mi compañero en *Alhambra* durante tantos años, tiene ochenta y cuatro... años!, que se dice pronto. Todos los días me llama por teléfono para preguntarme algo, porque ya le va fallando la memoria. A mí, también; pero de las cosas de hace tiempo me acuerdo perfectamente.

—Entonces se acordará usted de cómo fué su viaje a Madrid desde La Habana.

—¡Como si fuera ahora mismo! Habla don Gustavo Robreño encantado de evocar sus recuerdos. En el rostro afeitado se adivina aún al actor que hizo populares tantas caracterizaciones. ¡Aquel *Napoleón* escrito por él mismo! Más de doscientas obras le debe el género cubano. En todas ellas, Robreño interpretaba un papel, autor y actor a un tiempo como Molière, como Shakespeare, farandulero de pies a cabeza. Hablar con él es hablar con el hombre de letras que conoce todos los resortes, todas las interioridades del teatro. Su cultura es la de un escritor; sus maneras son las del hombre que alcanzó ese final de siglo que se despide con una reverencia, sin prisas y sin improvisaciones. To-

El viejo y el nuevo "Payret".—Las temporadas de "Alhambra".—La aventura de Madrid.—Una maldición que levantó "La Chelito".—"¡Son 77 años!".—EL actor y el señor.

avía su mano tiene el gesto de los grandes oradores, aquella elegancia natural de la mano que aun ignoraba el puño de Hitler, golpeando ante un micrófono; de la mano hecha para modelar una frase en el aire; de la mano del actor que lo decía todo en un ademán; de la mano pausada, elocuente, cortés, que ha podido cumplir tres cuartos de siglo sin haber escrito jamás ese horrible letrero de "Sea usted breve: mis minutos están contados". ¡Y tan contados! Como que ninguno de esos que tienen contados sus minutos logrará vivir la larga y fecunda vida de este hombre, de este verdadero señor que tenemos delante.

—Verá usted—nos dice—. Yo me fui a Madrid por una apuesta con Pancho Varona Murias, personaje habanero muy conocido a fines del siglo pasado... Luego hablaremos del teatro *Payret* y de todo lo que usted quiera... Pero empecemos por el principio...

—¿Usted era actor ya?  
—Yo soy actor desde los 18 años, cuando era estudiante to-

avía... y lo curioso es que desde el primer momento fui actor genérico, es decir, que lo mismo hacía un galán que un viejo de noventa años... Fui uno de los fundadores de *Alhambra*... Tenía diecinueve años cuando mi amigo Pancho Varona, un poco mayor que yo, me dijo en una discusión: "¡Eso no me lo dices tú a mí en Madrid!" Me fui a casa; metí en la caja de cartón de un sombrero de copa unas cuantas prendas de ropa interior, y eché a andar calle Obispo abajo hacia el muelle. Tomé un bote, y me planté a bordo del *Montevideo*, donde Pancho Varona había embarcado momentos antes

para dirigirse a España. Me escondí como pude en el barco. Y a las seis horas de zarpar, aparecí en cubierta con mi chaqué negro, mi pantalón claro, y mi caja de cartón por todo equipaje. ¡La que se armó a bordo!

—¿Pero y su amigo Pancho Varona? ¿No era persona influyente y rica?

—La apuesta consistía en que yo había de llegar a Madrid por mis propios medios... es decir, sin un centavo.

—¿Cómo se arregló a bordo?  
—El sobrecargo, que era un tipo de marino fracasado, quiso meterme en la barra; pero el capitán (Izaguirre, no olvidaré nun-

2

ca su nombre) me preguntó: "¿Ha comido usted?" "No, señor, repuse". "¡Pues sin comer no se puede vivir!", añadió él con tono de enfado. Y a continuación, volviéndose hacia el camarero, le dijo: "¡Sírvala a este señor la comida en mi camarote!" Claro, ya había pasado la hora en que servía en el comedor de primera.

—Entonces ¿viajó usted en primera?

—Como un príncipe. Era un cubano, huésped de un marino español... Así llegué a Cádiz. Ahora venía la segunda parte de la apuesta: llegar sin dinero a Madrid... Al botero, que era un gaditano de navaja en la faja, le hice un cuento que terminó con intervención de los guardias: "¡Pero hombre, que siempre has de armar lío a la llegada del correo de La Habana...!" Total, que los guardias se habían puesto de mi parte, y nos fuimos todos a tomar unos chatos de manzanilla, y yo después a comprarme un pantalón oscuro, con diez pesos que acepté de Varona Murias, para no llegar a Madrid como un personaje del *Gedeón*.

—¿Y en Madrid, qué hizo usted?

—En realidad, nada. Vivir.

—¿Le parece a usted poco?

—Sí. Ahora veo que aquellos años fueron decisivos en mi vida de actor. En Madrid hice amistad con Joaquín Dicenta, con Manolo Paso, con todos los escritores y artistas que iban a la famosa tertulia de *Fornos*. Tuve la suerte de asistir al estreno de *Juan José*; estuve en el escenario al final del estreno. ¡Cómo estaba aquel escenario! Allí, Echegaray; allí, Sellés; allí, el picador *El Beao*... Y todo Madrid, de frac, en el *Teatro de la Comedia* porque entonces se iba de frac al teatro. Ya Galdós había estrenado *La de San Quintín* y aquel público aristocrático no sólo aceptó, sino que aplaudió de pie a Juan José el albañil en aquel final estupendo del primer acto, cuando se planta desafiantemente en la puerta de la taberna... Claro que Dicenta había pintado una taberna de manera magistral, elevando el sainete a obra dramática de gran estilo. El sainete es una gran cosa. Se puede convertir en lo que se quiera. Allí, en Madrid, vi yo todas las posibilidades de este género único. Y que son todavía muchas lo prueba esa misma *Revoltoza* en película que acabamos de ver aquí, en La Habana, con éxito tan grande.

\* \* \*

Hemos hecho una pausa para recibir al nieto de don Gustavo. Se llama como el abuelo, y tiene once años... Ahora, como está en vacaciones, se escapa de casa de los padres todas las mañanas, y viene a pasarse el día con el abuelo. Robreño lo acaricia un

instante y en un aparte me dice: "Parece que le gusta el teatro como a mi hijo Carlos. Esto del teatro nos viene de familia. Usted sabe que mi bisabuelo, don José Robreño y Tort, fué el autor de las primeras obras del teatro catalán. Murió en un naufragio cuando venía hacia Cuba desde Cartagena de Indias..."

—Bien, don Gustavo. Y entre sus recuerdos, ¿qué es lo que recuerda usted de ese viejo *Payret* que ahora va a inaugurarse con el mismo nombre de su fundador?

—¡Tantos recuerdos! Ahí hacíamos aquellas temporadas en que la compañía de *Alhambra*, con Regino López a la cabeza, y Villoch como principal autor daba a conocer a toda la sociedad habanera las obras que en Consulado se representaban para hombres solos... He de decirle a usted que las obras que más dinero daban en *Alhambra* eran las menos picarescas... que, por lo demás, hoy hubieran resultado inocentísimas al lado de los *shows* del día, y del "mamboletismo" hogareño y televisado... Los llenos en *Payret* se sucedían noche tras noche. La temporada de quince o veinte días dejaba unos veinte mil pesos de ganancia. Por allí desfilaba toda la so-

ciudad habanera. Las obras, como le digo, apenas había que tocarlas; y en cuanto a la rumba, bastaba con suavizarla un poco. Freyre de Andrade, alcalde de La Habana en aquella época, era el primer censor de *Alhambra*. No faltaba a un estreno, y decía: "No quiero que los muchachos se perviertan". Allí estaba él, con su barba respetable y su traje de alpaca, el chaleco blanco de piqué, sus quevedos y su bastón, actuando de censor... *Alhambra* "era una cosa muy seria dentro del teatro cubano!"

\* \* \*

Hace una pausa el actor y prosigue:

—Por cierto, que el teatro *Payret* nació con malísima suerte. Una maldición pesó sobre él hasta que Anastasio Saaverio le quitó la *jettatura*. El fundador murió arruinado. Poco después hubo un derrumbe en el teatro, y le costó la vida a don Erique Sagasti. ¡Era la maldición gitana que alguien le había echado al difunto *Payret*! Pero Saaverio barrió la mala suerte ¿con quién dirá usted? Con *La Chelito*, con esa Consuelito Portela que todavía vive en Madrid, y que creo que está muy guapa aún... ¡Sesenta mil pesos de hipoteca, nada menos, pesaban sobre *Payret*! Sesenta mil pesos



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

3

que pagó Saaverio, peso sobre peso, con las recaudaciones que *La Chelito* metió por las taquillas. Desde entonces, *Payret* fué viento en popa, y por ahí ha desfilado de todo: ópera, opereta, zarzuelas, revistas, circo, películas...

—¿Irá usted a la inauguración del nuevo *Payret*, don Gustavo?

—No sé, no sé... Salgo muy poco de casa. ¡Setenta y siete años!... Claro está que me gustaría verlo... Aunque al entrar allí, y mirar aquellas paredes, y recordar los de antes... Aquellas noche3, con aquellos palcos resplandecientes de mujeres maravillosamente vestidas y alhajadas, aquel escenario, aquel público de allá arriba, atestado el

teatro hasta los topes... Y las ovaciones, y los abrazos en los camarines, y aquel Parque Central a la salida...

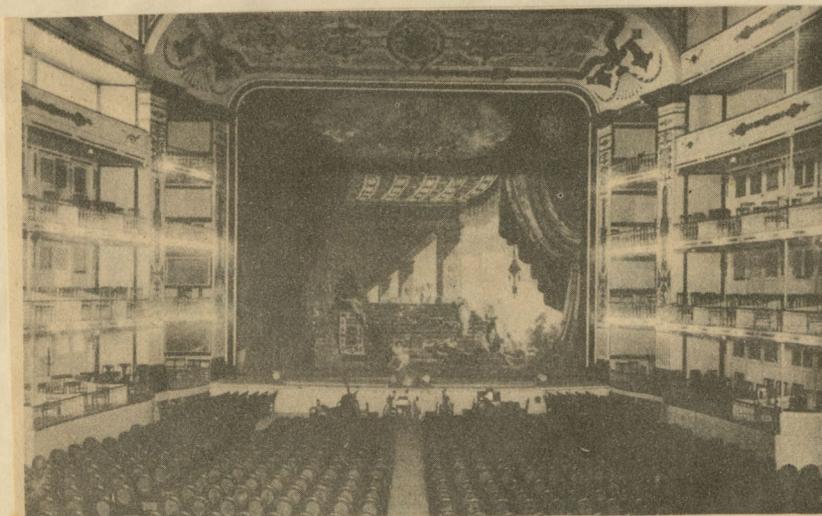
No habla Gustavo Robreño con tristeza. Se exalta. Parece el actor de otros días. Su cabeza se ha erguido, de pronto. Los ojos se iluminan. Una sonrisa le baña los labios, como si saludara a un público invisible mientras desciende el telón. Nos estrecha la mano con esa efusión de entre bastidores en noche de triunfo. "He hablado mucho hoy... Hacía tiempo que no había hablado tanto".

—Y que yo no encontraba a una persona, mi querido don Gustavo Robreño, a quien escuchar con tanto gusto.

*Havana, Oct 5/51*



El viejo "Payret", según un croquis de la época (1877).



La hermosa sala del antiguo "Payret".



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

5

El nuevo "Teatro Payret" que en el mismo lugar del otro se inaugurará el próximo mes de septiembre.



*Carta, oct 5/51*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



Gustavo ROBREÑO habla de su vida de autor y actor y evoca las temporadas del viejo "Payret" con Ángel LAZARO.



"Payret", antes de su demolición para edificar el nuevo teatro.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA